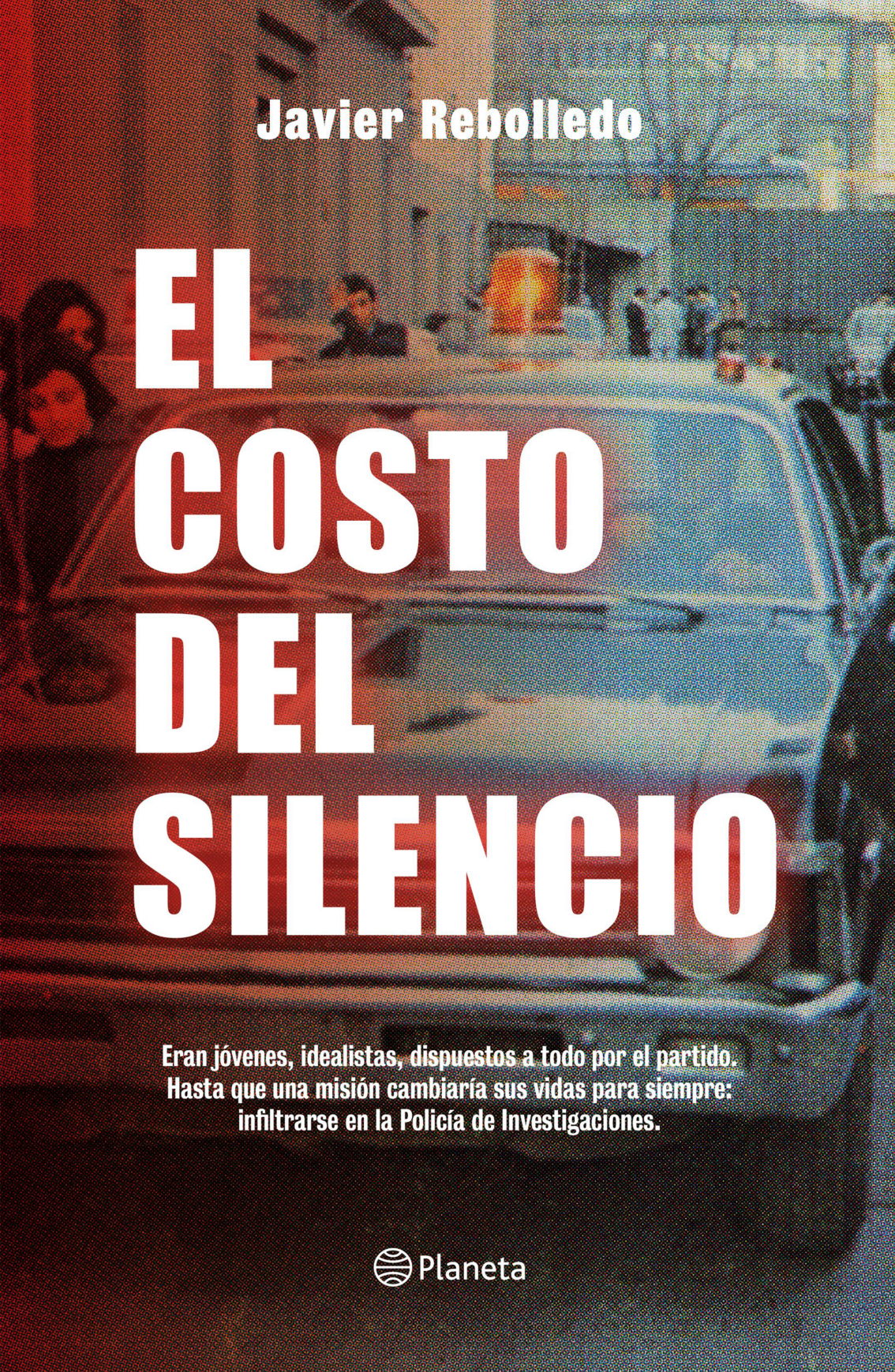




Javier Rebolledo

EL COSTO DEL SILENCIO

**Eran jóvenes, idealistas, dispuestos a todo por el partido.
Hasta que una misión cambiaría sus vidas para siempre:
infiltrarse en la Policía de Investigaciones.**

Javier Rebolledo

El costo del silencio

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2019, Javier Rebolledo

Derechos exclusivos de edición

© 2019, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia, Santiago de Chile

1ª edición: octubre de 2019

2ª edición: marzo de 2020

ISBN: 978-956-360-640-9

Inscripción: N° A-307660

Impreso en: Grafhika Impresores Ltda.

*Dedicado a Samuel Riquelme, exsubdirector
de la Policía de Investigaciones.*

Introducción

Hace unos veinte años, cuando estudiaba segundo año de Periodismo, mi pareja de entonces me presentó a su padre, Álvaro, un excomunista y exiliado de la dictadura de Augusto Pinochet.

Pasado el tiempo, probablemente en algún almuerzo domingo, Álvaro me contó que por esos días se había reunido con un grupo de personas a las que había dejado de ver cuando escapó de Chile, a fines de 1975. Se trataba de un lote de exintegrantes de la Policía de Investigaciones, ingresados a esa repartición durante la Unidad Popular como parte de una misión secreta que el Partido Comunista les había encomendado.

Todos ellos tenían una cuestión en común, me contó Álvaro: cuando los reclutaron —entre 1971 y 1972—, eran estudiantes de la Universidad de Chile y militantes de las Juventudes Comunistas. Algunos llevaban dos, tres y hasta cuatro años en la universidad. Serían abogados, doctores, profesores de educación física y castellano. Sin embargo, ante el llamado a integrar las filas de la policía, habían decidido dejar sus carreras.

La misión imponía que oficialmente debían salir del partido y nunca más volver a militar abiertamente. Jamás tampoco volver a conversar con un comunista. Probablemente, en muchos años más, cuando las conquistas sociales de la Unidad Popular se hubieran asentado, requerirían de sus servicios. Lo importante, les habían señalado las autoridades del partido, era que fueran excelentes profesionales en una institución con fama de corrupta, ojalá los mejores, y que nadie supiera que eran comunistas. Menos, que habían ingresado a la institución a pedido del partido.

Nunca ninguno de ellos imaginó que el gobierno popular derivaría en una dictadura militar como la que asoló a Chile durante diecisiete años. Menos, que ellos serían detectives en

medio de ese régimen y que les tocaría detener gente, ir hasta centros de torturas, en algunos casos presenciarlas y, de fondo, estar tan cerca de todo ese horror.

Durante la primera parte de la dictadura, varios de ellos habían ayudado activamente a la salida y entrada del país de dirigentes y militantes perseguidos, por ejemplo, timbrando los papeles en Policía Internacional del aeropuerto o en otro paso fronterizo, eludiendo las miradas y sospechas de sus propios compañeros. Consiguieron también documentos como carnés o pasaportes para que el partido cambiara sus fotografías y así militantes pudieran salvarse de las garras de la DINA.

Como dirigente de la Jota, en medio de la dictadura, Álvaro había sido el encargado de coordinar a todos estos detectives comunistas, infiltrados en la dictadura de Pinochet. Se reunía con ellos en puntos secretos para averiguar, por ejemplo, sus turnos en algún paso fronterizo. Entregaba la información hacia arriba y cuando se decidía el nombre del dirigente que pasaría por la frontera, Álvaro se lo entregaba al detective encargado de timbrar los papeles.

Habían cumplido varias misiones con éxito, siempre eludiendo el cerco represivo, pero la caída de uno de los jefes de Inteligencia del partido, René Basoa y luego de Miguel Estay Reyno, el “Fanta”, ambas a fines de 1975, habían dado por finalizada la tarea. Un horror hecho carne y un trauma difícil de sobrellevar, ya que gracias al trabajo de los traidores, muchos militantes fueron asesinados y torturados. A través de Basoa y el Fanta, el Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea llegaría también hasta los líderes del partido.

A partir de esos eventos, los detectives comunistas habían quedado totalmente descolgados, sin misiones ni tampoco un futuro claro. Algunos habían sido descubiertos y perseguidos junto a sus familias, otros se vieron obligados a escapar del país, siendo parte de tramas dramáticas más allá de cualquier concesión. Otros habían terminado sus carreras llegando incluso a los grados más altos dentro de la institución.

Personalmente, las historias de espías me resultaban atractivas y estas tenían aquello sumado a una enorme carga humana. Todos habían vivido la dictadura con la idea de sacar a Pinochet del poder, pero ese mismo camino los había llevado a ser testigos de “la cocina” del régimen y de la policía, aquella institución que por esos años era conocida por su colaboración con la tortura, su cercanía con la calle y la corrupción. ¿Cómo habría sido para esos jóvenes e idealistas comunistas convivir con todo eso? ¿Se habrían contaminado? Y, más atrás, ¿cómo alguien había sido capaz de dejar su carrera universitaria para entrar a la policía? ¿Por qué se habían sometido a semejante presión? ¿Dónde estaban?

En la época en que conversé con Álvaro, los exdetectives lo habían invitado a un asado campestre en una parcela luego de años de no verlo. Su impresión al compartir con ellos fue grande. Más que comunistas, en varios casos le pareció que estaba frente a auténticos funcionarios de Investigaciones. El tiempo adentro de la institución los había transformado en aquello. La cadente forma de contar las historias, la terminología, sus movimientos corporales, las muecas, en el fondo, todo, los refería a la clásica imagen del investigador chileno. Y, sin embargo, la mayoría de ellos seguían siendo comunistas. Comunistas que nunca habían podido serlo de forma abierta, ni siquiera durante la Unidad Popular. Luego, en dictadura, evidentemente nadie supo de su militancia. Y después, ya entrada la democracia, ellos mismos se cuidaban de no acudir a ninguna concentración que concitara la presencia de gente de izquierda —como conciertos musicales de grupos de sus años de juventud—, para así evitar que alguien los viera y sospechara de ellos.

La historia que me estaba contando, me aclaró Álvaro, era “*off the record*”, ya que todo aquello era secreto y debía seguir siéndolo, por lo menos durante un buen tiempo más. A pesar de ello, en ese momento imaginé un proyecto de tesis o un reportaje inolvidable, nada que pudiera organizar en mi

mente de manera clara. Una ansiedad, más bien, el deseo de socializarlo y la impotencia de tener que dejarlo pasar.

Muchos años después de haber escuchado la historia que Álvaro me había contado, conocí a Samuel Riquelme, un antiguo dirigente del Partido Comunista y exsubdirector de la Policía de Investigaciones durante el gobierno de Salvador Allende. Producto de mi labor periodística, trabamos una amistad que, en lo personal, me enseñó muchas cosas. Samuel había nacido en la pobreza total del sur. Asentado en Santiago, había sido elegido secretario general de la Jota, en guerra con los nazis y la Ley Maldita¹, presionando para que los pobres dejaran de serlo bajo el ideario marxista de sus tiempos. Un hombre duro y sensible, con un carisma enorme y un vozarrón que, a pesar de su avanzada edad, llenaba y envolvía el espacio. Lo entrevisté por primera vez para el libro *Camaleón, doble vida de un agente comunista*². Ahí me contó que, siendo subdirector de Investigaciones había participado del reclutamiento de jóvenes comunistas para la policía. En ese momento, esa vieja historia de mis años de estudiante volvió a mi cabeza junto con esa antigua sensación de ansiedad.

“Nosotros también queríamos que gente nuestra entrara a las escuelas de uniformados en Chile —me dijo—. Pero no era fácil, sobre todo por la resistencia de los militantes y sus padres. En Investigaciones tuvimos éxito. Un contingente de estudiantes universitarios de Medicina y otras carreras aceptaron dejar sus estudios y entrar a formarse como policías. Era un sacrificio muy grande, pero esos jóvenes eran de una elevada conciencia revolucionaria. Varios de ellos se

1 En 1948 el presidente Gabriel González Videla dictó la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, prohibiendo completamente la actividad del comunismo en cualquiera de sus formas. La nueva imposibilidad de existir, inserta dentro de la Guerra Fría, fue conocida como la “Ley Maldita”. “Se prohíbe la existencia, organización, acción y propaganda, de palabra, por escrito o por cualquier otro medio, del Partido Comunista”, señalaba el artículo primero. La ley estableció desde multas de dinero hasta penas de cárcel, relegación y extrañamiento. Además, afectó duramente las libertades individuales del resto de los ciudadanos al prohibir todo tipo de actos que fueran en contra del desarrollo industrial del país. Fue derogada en 1958.

2 Editorial Planeta, 2017.

recibieron como detectives y los pilló el golpe militar recién titulados. Algunos aguantaron un tiempo y tuvieron que salirse. Otros se mantuvieron ahí toda la vida”.

Samuel no recordaba los nombres de los jóvenes que habían cumplido aquella misión.

Después de ese evento, en 2015, llamé a Álvaro Palacios y le pregunté si evaluaría la posibilidad de traspasar el cerco y participar de un libro que recreara su historia y la de los detectives. Álvaro habló con ellos. En honor al tiempo y a la amistad construida con él, algunos estuvieron de acuerdo con que los entrevistara para que me contaran sus historias de vida.

De los varios personajes con los que conversé inicialmente, algunos mostraron su deseo de participar, pero luego desistieron. Las razones eran similares: a lo largo de los años habían construido relaciones de cariño con sus excompañeros en Investigaciones y darse a conocer podía afectar dichas relaciones. También estaba el pudor que significa asumir públicamente una hazaña como la que llevaron a cabo con el resultado trágico de varios casos.

Finalmente, cuatro personas compusieron este libro, incluido Álvaro. Dos decidieron aparecer sin sus nombres reales. Aquello llevó a que algunos datos fueran omitidos, algunos nombres cambiados y a que yo pudiera profundizar más o menos en sus historias.

Durante su estadía en la policía o en medio de la dictadura, habían visto y oído mucho. Niños pequeños, por ejemplo, llegando al aeropuerto en manos de monjas y ahí, siendo recibidos por azafatas de una aerolínea extranjera para ser llevados a Europa sin mayor legalidad; periodistas famosos haciéndolas de instructores de la DINA; funcionarios policiales siendo derivados a los centros de tortura para enseñarla; detenciones practicadas por ellos y los prisioneros entregados a los servicios de Inteligencia, gente que luego aparecía muerta como parte de montajes y crímenes horrendos... Y ellos asimilando la información, masticándola día a día.

Pero, además, habían sido testigos de la vida detectivesca y de los casos policiales netos del Chile en dictadura. Conocieron los prostíbulos, el hampa y su código, vigentes tanto antes como después de la dictadura. También la idiosincrasia criminal de muchos detectives cercanos o derechamente mezclados con ese mundo. Todo visto desde adentro, desde las entrañas.

Mucha de la riqueza contenida en las cuatro historias, me di cuenta, no estaba en la lealtad ciega que siempre puede verse desde dos veredas, ni en las hazañas gigantescas en pos de una causa. Las vidas que habían elegido o que simplemente habían aceptado, lo que habían callado, visto y resistido en ese período, los constituían a cada uno de ellos en pedazos dispersos de historia viviente.

Parte I

La misión (1971-1975)

La decisión

Se había casado con Hadasa a mediados de 1973. Él era un estudiante universitario y funcionario profesional de las Juventudes Comunistas de Chile, conocida como la Jota. Ella, titulada recién como matrona, trabajaba en el hospital de la Universidad de Chile, José Joaquín Aguirre. En julio o agosto de ese año habían partido a vivir a un pequeño departamento, parte de un conjunto de blocks ubicados en la villa Jaime Eyzaguirre, en Ñuñoa. Su arrendadora era María Teresa Barahona, dirigente de las Juventudes Comunistas y esposa de José “Checho” Weibel, líder indiscutido de esa organización.

En diciembre de 1973, María Teresa llegó al departamento para conversar con él. Se habían conocido militando, por lo que existía confianza. Él le contó de su resistencia universitaria durante el tiempo en que había permanecido detenido en el Estadio Chile y el Estadio Nacional, y ella, probablemente en clave, le contó que se estaba organizando una resistencia que ya no tendría que ver con la universidad. María Teresa debió darse cuenta de que su estado emocional en ese momento era bueno, porque pronto le propuso organizar una reunión con su marido, quien estaba trabajando en eso desde la clandestinidad. Le entregó una dirección: era un departamento ubicado muy cerca de avenida Vicuña Mackenna.

Cuando llegó sintió horror. Era una calle sin salida. El departamento estaba en un segundo piso. Ahí lo esperaba Checho Weibel. A pesar de que él solo era secretario del regional de su universidad, tuvieron una larga conversación. Sintió el espacio para decirle que consideraba que se habían cometido errores estratégicos garrafales y, de vuelta, Weibel lo felicitó por estar, a pesar de lo vivido, moralmente entero.

—Mira, en el partido hay una situación compleja con muchos militantes que se han corrido de sus responsabilidades

políticas y la verdad es que tenemos que acudir a gente que esté entera en esto, moralmente entera —le dijo—. Lo que te voy a plantear es que tienes que pasar al partido, salir de la Jota, dejar la universidad y trabajar conmigo en el frente interno.

Claro, le respondió él, estaba dispuesto a llevar a cabo la tarea que le pidiera.

—Hay un equipo nuestro, de integrantes de la Jota —siguió Checho—, estudiantes universitarios que salieron de sus carreras hace unos años y entraron a Investigaciones. Hoy son detectives y los vamos a necesitar para que ayuden.

No se trataba de que los detectives dieran a conocer el plan maestro de la dictadura ni mucho menos. La garra de la DINA ya comenzaba a cerrarse y era necesario ocuparlos para conseguir documentos de identidad, trasladar gente o avisar cuando un dirigente político pudiera salir del país debido a que podría ser atendido por un “compañero detective” esperando en un puesto fronterizo para visar su salida.

Su tarea sería coordinarlos a todos. Traspasar las solicitudes provenientes desde arriba y transmitir las hacia abajo. Si bien los ingresados a la Escuela de Investigaciones en el 71 y el 72 llegaban a unos quince, ya se sabía que una parte de ellos no estaba disponible para ayudar. Algunos habían manifestado sus reparos antes del inicio de la dictadura y otros, al parecer, se habían alejado luego, por temor a que les sucediera algo.

Durante esa tarde, Álvaro y Checho hicieron un mapeo de la situación. A Checho no le interesaba ni le interesaría saber exactamente quiénes serían los detectives que trabajarían con él. No, esa sería una información que manejaría solamente Álvaro con ellos y que, de no mediar un momento de extremo peligro, debería guardársela solo para él.

Weibel le entregó el nombre y el teléfono de contacto de quien, por antigüedad —tanto en calificaciones como año de ingreso a la escuela—, era el líder de los detectives comunistas: Adolfo, el “Loco” Arrieta. Lo ubicaba de la Jota, como

parte de los militantes antiguos con los que se había topado en muchas asambleas, marchas y actos.

En ese momento, Álvaro tuvo un recuerdo vívido al que antes no había prestado demasiada atención. Tiempo atrás, quizás un año, en pleno gobierno de Allende, había ido al cuartel general de Investigaciones a hacer algún trámite. Al interior de las oficinas había visto a Adolfo, con un pistolón a un costado de la cintura, hablando con Samuel Riquelme, comunista y entonces subdirector nacional. En ese momento le había llamado la atención, pero nunca imaginó que se trataba de un infiltrado³. Solo al momento de escuchar su nombre en la boca de Checho otra vez, el recuerdo había vuelto a la conciencia.

Sería fundamental que los detectives proveyeran de documentación y, ya que algunos trabajaban o tenían amigos que lo hacían en los puestos fronterizos, que facilitaran la entrada o salida de algún dirigente comunista clandestino.

Antes de partir, Checho le advirtió que el grupo de detectives estaba casi “descolgado”. Hasta ese momento, solo René Basoa, uno de los líderes de Inteligencia, había hecho contacto esporádico con ellos.

El riesgo era alto, lo sabía. Hadasa —quien había llevado a cabo algunas tareas de solidaridad con las mujeres de presos en distintos centros de detención— debía congelar de inmediato su labor, retirarse y dedicarse cien por ciento a su trabajo en el hospital.

3 Los detectives en general fueron especialmente cuidadosos de que no se ocupara esta palabra. Para efectos de comprensión lectora se indica de esta manera, en el intento de explicar que se trataba de militantes comunistas que entraron a la institución sin poder confesar su militancia y manteniendo su dependencia a la jerarquía del Partido Comunista. Esto lo hacían, se puntualiza también, sin la orden de destruir la organización o la posibilidad de controlarla (por lo menos no en el presente), sino para mejorarla y avanzar en el tiempo junto con ella para que cuando llegaran a puestos altos, el partido pudiera contar con ellos, me imagino, para labores políticas.

La pesadilla previa

Con tanta actividad política durante el gobierno de la Unidad Popular, Álvaro no se caracterizó por ser un buen estudiante. El año 68 había ingresado a Publicidad en la Universidad Técnica del Estado, la UTE. Su trabajo como dirigente en la Jota ocupaba prácticamente todo su tiempo: había partido como secretario político del comité local del Pedagógico de la UTE y desde ahí a los Institutos Tecnológicos, hasta secretario de Organización de la Jota en su universidad, todos cargos en su carrera ascendente como “revolucionario profesional”. El partido le pagaba un pequeño sueldo, en dinero de hoy, apenas por sobre el mínimo, y con eso debía subsistir. Hada-sa, su esposa, en cambio, se las había arreglado para terminar Obstetricia en la Universidad de Chile.

Durante todo el año 73 el golpe militar había sido una amenaza latente. Se olía, pero entonces la apuesta era creer que el Ejército no se cohesionaría en torno a un levantamiento. Prats y el mismo Pinochet atraerían a oficiales respetuosos de la Constitución para aplastar cualquier intento golpista.

Paralelo a sus labores “abiertas” dentro del partido, Álvaro se integró al entrenamiento militar de cada vez más jóvenes que entraban a la Autodefensa, el organismo secreto del partido.

Seguramente, creía la derecha, el Partido Comunista tenía armas ocultas para llevar a cabo sus tareas secretas y, llegado el momento decisivo, se las entregarían a los militantes en un enfrentamiento armado y masivo.

El 11 de septiembre de 1973, el presidente Salvador Allende asistiría a la UTE para inaugurar una exposición llamada “Por la vida... siempre”. Los jóvenes comunistas, a través del Departamento de Extensión, habían sido parte de aquello junto a un grupo encabezado por Gloria Navarro y el cantante Víctor Jara, ambos parte del cuerpo docente.

Arriba de la micro, esa mañana escuchó que estaba “la cagada”. Por la ventana veía cómo el país amanecía asediado

por los militares. A las 9:30 llegó al campus universitario y se encontró con que la radio había sido asaltada por integrantes de la Marina durante la noche, quienes destruyeron los equipos, cortando totalmente la posibilidad de comunicarse.

En ese momento, los marinos estaban en una de las entradas de la universidad, dando balazos para evitar que nadie más ingresara. Un lote integrado por estudiantes y profesores organizó una reunión. La idea era llevar a cabo lo acordado en el comité ampliado dos días atrás: debían esperar la reacción de las fuerzas leales al gobierno. Meses antes, el “Tanquetazo”⁴ había fracasado y otra asonada debía terminar igual.

En ese momento no pensaron en el golpe demoledor que se estaba generando: masivo, absoluto, sin grietas de ningún tipo, con la frialdad total de haber sido ideado desde el Estado Mayor conjunto de las Fuerzas Armadas.

Y los militares comenzaron la toma de la universidad. Ellos, replegándose a las salas de clases y los pasillos hasta la noche y, desde ahí, a la madrugada, esperando. A las cinco de la mañana comenzó la ofensiva otra vez. Allanamiento total. Álvaro estaba junto a sus compañeros en la sala de Consejo. Todos afuera, manos arriba, custodiados por un piquete militar a través de una especie de callejón oscuro, en medio de culatazos, patadas, golpes, gritos e insultos. Mucha histeria.

Uno de los jóvenes oficiales, más o menos de su edad, se le tiró encima, enloquecido.

—¡Y qué, marxista conchetumadre! —le gritó mientras trataba de golpearlo y patearlo.

Pero no podía, los brazos del militar resbalaban a través de su cuerpo mientras intentaba cubrirse. Y le lanzaba lo que encontraba. Histérico estaba el joven oficial, mientras él pensaba que aquello era potente, probablemente generado debido a que la UTE era “el antro marxista” por excelencia, la

4 Intento golpista militar llevado a cabo el 29 de junio de 1973 y encabezado por el teniente coronel Roberto Souper, del Regimiento Blindado Número 2. Se le conoce con el nombre de “Tanquetazo” o “Tancazo”, debido a que el alzamiento fue concretado esencialmente con tanques que partieron desde el regimiento hasta La Moneda.

universidad más popular, supuestamente llena de subversivos y de armas. Seguramente, los militares pensaban que recibirían una resistencia atroz, que podían morir en esa misión.

Entre gritos, insultos y culatazos los custodiaron por el patio hasta la entrada de avenida Portales, donde los formaron. De boca contra el piso, los soldados comenzaron a revisarles los bolsillos. A su lado, a un compañero llamado Mauricio le encontraron un papel con un pedazo de la letra de la canción “El pueblo unido”.

—¡Párate ahora y canta pos, conchetumadre! —le dijo el soldado.

Mauricio se paró y comenzó a cantar. Lo bajaron a patadas e insultos.

Un instante después, uno de los soldados le registró el pantalón a él.

—¡Oficial! —le dijo a su jefe parado unos metros más allá—. Mire lo que le encontré a este huevón.

El tipo, de aspecto brutal, tomó su carné de militante de la Jota en un estado furioso. Le dio un puntapié en las costillas y luego lo jaló con el pie, dejándolo de espaldas. Le puso una rodilla sobre el pecho, sacó su pistola, pasó bala y se la puso contra la frente.

—¿Así que eres comunista, conchetumadre? —le preguntó—. ¿Eres de los duros?

Él, en silencio, angustiado.

—¿Qué más eres, huevón? ¿Qué más eres aparte de comunista?

—¡Patriota! —le respondió.

Fue lo único que se le ocurrió decir en medio de la especie de heroísmo que lo invadía. Y dio resultados. Del otro lado, el tipo se tupió. Lo miró un instante, le dio unas patadas en el cuerpo, le lanzó de vuelta el carné y luego llamó al soldado.

—Saquen a un lado a este conchesumadre.

Unos metros más allá, aparte del lote, boca abajo, esperó durante dos horas sin moverse. De pronto, llegó un camión militar con un cañón en la parte trasera. Para que pudiera

pasar, naturalmente él tenía que levantarse de la calle. Se paró y, disimuladamente, fue hasta un muro donde había un lote de detenidos. Ahí mismo se podía orinar. Lo hizo.

En ese momento, la situación se reorganizaba y a ese lote le ordenaron partir caminando hasta el interior de la universidad, a la Escuela de Artes y Oficios. Mientras avanzaba tomó el carné y le sacó el plástico, lo llevó hasta su boca y se lo tragó. En el patio, todos acostados otra vez.

Eran cientos de estudiantes de la UTE, quizás miles, sin ninguna conciencia de lo que estaba sucediendo, pensando que sería algo breve.

Cerca del mediodía, los sacaron por un costado. Arriba de micros de recorrido. Adelante y atrás, militares custodiándolos. Con las manos arriba y la cabeza contra las rodillas, se dio cuenta de que a su lado estaba sentado Mario Aguirre, compañero de la Jota.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Mal.

—¿Por qué?

—Tengo el carné de la Jota.

—Pásamelo, para tratar de botarlo por la ventana.

Mario Aguirre hizo malabares hasta llevarlo a su cabeza y desde ahí entregárselo. Con el documento en sus manos, sobre su cabeza, comenzó a quitarle el plástico. Pero la micro se detuvo frente al Estadio Chile, apenas a unas cuadras de la universidad. Todos abajo y él con el carné en sus manos.

Callejón oscuro otra vez, con patadas, culatazos e insultos. Y que saltaran, mientras hacían fila para que ficharan a todo el lote. En el piso había una tapa de desagüe, hecha de bronce. Mientras saltaba, comenzó a golpearla con los pies. Hasta que la corrió. Ahí botó el carné.

Lo sentaron en las graderías junto a los demás detenidos, todos en silencio, custodiados por militares. Eran fundamentalmente comunistas, socialistas y viejos trabajadores. Al poco rato, la gente de Madeco, de otros centros estudiantiles

y también de empresas, empezarían a copar todas las graderías, la cancha y el escenario del lugar.

De a poco iba percibiendo que estaba en medio de algo pesado. En los bolsillos de su pantalón aún tenía unas monedas rusas. En la billetera, una foto abrazado de Hadasa, en la plaza Roja de Moscú, con la catedral de San Basilio atrás. Y en la muñeca, un Poljot⁵ que había comprado allá.

En la primera ida al baño, tiró por el water las monedas y el reloj. A la fotografía con Hadasa le cortó el fondo y volvió a guardarla en su billetera.

Pasaban las horas y seguían ahí, en las graderías, sin comida ni agua. Después de un buen rato, ya sin poder determinar cuánto tiempo llevaba, ni si era de día o de noche, con la luz interior encendida, comenzó a preocuparse de verdad.

De vez en cuando se escuchaban balazos provenientes de los camarines y también gritos producto de las torturas. Gente salía de las graderías hacia la tortura, aprendió luego, en manos de militares furiosos, y llegaban enteros magullados, trastornados por los tormentos. Y otros simplemente no volvían.

Ya sabía, además, que su presidente y el de los chilenos, Salvador Allende, se había suicidado en La Moneda pocos días atrás, sin una resistencia en las calles. Esa idea parecía ya olvidada, parte de un sueño lejano y sordo, en medio de la pesadilla estridente de un país rajado de arriba abajo por las Fuerzas Armadas.

El jefe del lugar era un tipo violento, el coronel César Manríquez, quien, recién llegados, les mostró a todos cómo instalaban en lo alto del estadio “La sierra de Hitler”, una ametralladora gigante Punto 50, que disparaba cantidad de proyectiles enormes por segundo.

—¡Esta es la sierra de Hitler! —les dijo amenazante—. Si les disparan con eso los cortan en dos. Y masacro a todos los marxistas de mierda y me importa un pito, ¿entendieron?

5 Célebres relojes soviéticos. Fue el primer reloj que estuvo en el espacio, en el brazo del astronauta Yuri Gagarin.

Abajo, en la cancha, los militares pusieron a todos los detenidos extranjeros. Cantidad de argentinos, peruanos, bolivianos, ecuatorianos y colombianos, entre otros, muchos de ellos estudiantes universitarios que habían llegado a Chile escapando de las dictaduras de sus propios países.

El coronel Manríquez se paró frente a los extranjeros, con el resto del estadio en silencio, observándolo.

—¡Estos son los guerrilleros! —les gritó con sorna para que todos escucharan—. ¡Los revolucionarios! —dijo con el mismo ánimo y remató—: ¡Extremistas! ¡Terroristas!

Y comenzó a golpear a mansalva a un grupo de chicos bolivianos. Con los puños y luego, cuando cayeron al piso, a las patadas, al punto de que se le cayó la gorra. Si se hubiera podido reír lo habría hecho, pero obviamente en ese momento era imposible. El coronel entró en un estado aún más furioso, histérico, golpeando a los chicos hasta cansarse.

Cobardía, deshonestidad, violencia y abuso de poder de un lado, generando un clima moral de sopor en los detenidos, aún sin agua ni comida. Los hombres a un lado y las mujeres al otro. El lugar estaba lleno de obreros y estudiantes, todos desarmados frente a un estrés que no se detenía.

Un hombre, por ejemplo, trabajador de Madeco, que estaba ubicado en la parte más alta de las galerías, gritó algo desde arriba, y todos lo observaron cuando se lanzó de cabeza cantidad de metros hasta estrellarse contra el piso. Muerto en el instante. Y un joven estudiante, desesperado de miedo tomó el cañón del fusil de un soldado y este le disparó en el estómago. Muerto. También recuerda el caso de un tipo al que le dieron una pateadura con las culatas de los rifles. También resultó muerto.

Ahí vio al militar alto, de cabello rubio, seco y refinado. Era un verdadero caballero que discursaba en torno a que los militares reconstruirían el país. Nacionalista, corporativista, probablemente... No se manchaba las manos golpeando a

nadie y entre los detenidos comenzaron a llamarlo el “Príncipe”⁶.

El locutor, conductor de programas culturales y profesor de historia de la UTE, Mario Céspedes, también estaba ahí con ellos. Al segundo o tercer día se trastornó. Estaba ido, hablando incoherencias; a veces parecía entusiasmado, como si tuviera un interlocutor, pero en realidad hablaba solo. Era tan, pero tan desolador y horroroso verlo así, con las relaciones completamente cortadas con la realidad.

Probablemente al segundo o tercer día, los militares comenzaron a estirar unos rollos enormes de caucho para proteger el piso de la cancha. Un compañero, ubicado unas cinco graderías más abajo, con los nervios de punta, al límite de generar un quiebre, dijo:

—¡Nos van a matar a todos! ¡Están colocando esto para que no se manche el parqué con nuestra sangre! ¡Nos van a matar!

Y comenzó a subir la voz, cada vez más alterado, hasta exasperarse; estaba fuera de sí, repitiendo una y otra vez que los iban a matar. Tiritaba. Y los demás, a su lado, se tomaban la cabeza y le decían que se quedara callado, que se calmara.

Imaginó la escena que podría venir: el hombre histérico, acercándose a un militar, y de vuelta este, también asustado, descargándole un balazo. O peor, los militares descargando desde arriba la sierra de Hitler y masacrando a todo un grupo.

—Tenemos que hacerlo callar ahora —le dijo Álvaro a un par de compañeros que estaban a su lado.

—¿Y cómo lo hacemos? —le respondieron.

—Bajemos y saquémosle la chucha —concluyó.

6 Corresponde a Edwin Dimter Bianchi, condenado en julio de 2018 a penas de quince años y un día, en calidad de autor de los homicidios de Víctor Jara y Litre Quiroga, y a tres años de presidio como autor del delito de secuestro simple de ambas víctimas. Por los mismos delitos también se condenó a Hugo Sánchez Marmonti, Raúl Jofré González, Nelson Haase Mazzei, Ernesto Bethke Wulf, Juan Jara Quintana, Hernán Chacón Soto y Patricio Vásquez Donoso.

Llegaron a su lado, le dieron un par de golpes fuertes en el cuerpo y lo bajaron de inmediato contra el piso. Que estuviera tranquilo, que no pasaría nada. De esta manera, el tipo se fue calmando hasta volver en sí.

De forma instintiva comenzó a subir hacia lo alto de las graderías. Quería ver cómo estaba su gente. Así contactó a un par de compañeros que había divisado y les pidió que lo ayudaran: la idea era minimizar el daño y orientar a los suyos. Por ejemplo, que quemaran sus carnés de la Jota, de identidad y cualquier papel que los pudiera identificar. Negar todo, mantener los ojos abiertos y tomar nota de quiénes se iban y no volvían.

A medida que pasaban los días, el movimiento al interior del recinto se volvía menos estricto y él, junto a un grupo, componían un equipo que se dedicaba a mirar sistemáticamente lo que estaba sucediendo adentro. Podían moverse hasta los pasillos y por las graderías. Estirar un poco las piernas, con los ojos siempre abiertos.

El primer día de detención había visto cuando se llevaron a Víctor Jara, parte del lote de detenidos de la UTE, para torturarlo, probablemente, en los camarines. Lo vio llegar después, con un ojo en tinta, muy golpeado y triste, acompañado de otra gente de la universidad. Ahí, en ese lugar, con un lápiz y papel que alguien había logrado meter, escribió su poema...

Somos cinco mil aquí.
En esta pequeña parte de la ciudad.
Somos cinco mil.
¿Cuántos somos en total
en las ciudades y en todo el país?
Somos aquí diez mil manos
que siembran y hacen andar las fábricas.
¡Cuánta humanidad

con hambre, frío, pánico, dolor,
presión moral, terror y locura!
Seis de los nuestros se perdieron
en el espacio de las estrellas.
Un muerto, un golpeado como jamás creí
se podría golpear a un ser humano.
Los otros cuatro quisieron quitarse todos los temores,
uno saltando al vacío,
otro golpeándose la cabeza contra el muro,
pero todos con la mirada fija de la muerte.
¡Qué espanto causa el rostro del fascismo!
Llevan a cabo sus planes con precisión artera sin impor-
tarles nada.
La sangre para ellos son medallas.
La matanza es acto de heroísmo.
¿Es este el mundo que creaste, Dios mío?
¿Para esto tus siete días de asombro y trabajo?
En estas cuatro murallas solo existe un número que no
progresas.
Que lentamente querrá la muerte.
Pero, de pronto, me golpea la conciencia
y veo esta marea sin latido
y veo el pulso de las máquinas
y los militares mostrando su rostro de matrona lleno de
dulzura.
¿Y México, Cuba y el mundo?
¡Qué griten esta ignominia!
Somos diez mil manos que no producen.
¿Cuántos somos en toda la patria?
La sangre del Compañero Presidente
golpea más fuerte que bombas y metrallas.
Así golpeará nuestro puño nuevamente.
Canto, que mal me sales
cuando tengo que cantar espanto.
Espanto como el que vivo, como el que muero, espanto.
De verme entre tantos y tantos momentos del infinito

en que el silencio y el grito son las metas de este canto.
Lo que nunca vi, lo que he sentido y lo que siento
hará brotar el momento...

Entre la gente que estaba detenida a su lado, profesores, estudiantes y simpatizantes de Allende, lo copiaron y lo metieron en sus zapatos para luego sacarlo de ese lugar. Fue el primer acto de resistencia sistemática de los detenidos.

También vio cuando se lo llevaron por última vez. Bajó desde las graderías y, junto a Boris Navia, entonces jefe del departamento de personal de la universidad, caminaron hacia la salida del estadio imitando el recorrido para ir al baño. Y Víctor, con su poncho negro, junto a un grupo de cinco detenidos más, formaban una especie de semicírculo. Junto a Boris se escondieron tras un pilar y Víctor los vio. Le hicieron un gesto con las manos que preguntaba qué sucedía y dónde se lo llevaban. De vuelta, Víctor se escribió en el pecho las letras MIR, señalando que se lo llevaban de ahí junto a un grupo de militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

Casi no lo conocía. Víctor era un profesor y cantautor importante y él apenas un estudiante, pero hasta ese momento habían cruzado alguna palabra. Esa fue la última vez que alguien lo vio con vida.

En ese momento no tenía idea, pero a Víctor le darían una tremenda pateadura. Después, un balazo en la cabeza que lo dejaría moribundo para rematarlo con ráfagas de fusil. Más de cuarenta balas dentro del cuerpo y su cadáver junto a cinco más, lanzados en un terreno eriazo muy cerca del Cementerio Metropolitano, detrás de una población y toma de terrenos.

Hacia el final de su período detenido ahí, soltaron a todas las mujeres. Qué cuestión más extraña, pensó. Ellos, en cuclillas hasta las micros que los habían llevado hasta ahí. A las patadas, sin explicaciones, avanzando por Santiago hacia el oriente. De pronto se dio cuenta de que transitaban por

avenida Grecia. En una esquina, sentada en un paradero estaba Doris Wilson, dirigente de la Jota y estudiante de Química de la UTE, viéndolos pasar y haciéndose la desentendida. Claramente estaba ahí para determinar qué sucedía con ellos.

Se dio cuenta de que los llevaban al Estadio Nacional. Hasta ese momento, a ellos, la gente de la UTE, a excepción de Víctor Jara, no los habían torturado.

Los bajaron escoltados por un grupo de soldados boinas negras, invariablemente coléricos, con sus corvos enarbolados y amenazantes, insultándolos mientras los conducían por la puerta principal del Estadio Nacional. Subieron las escaleras y, desde ahí, se dirigieron hasta la galería sur, al aire libre, con muchos detenidos más sentados en las graderías.

Todo el día estuvieron sentados ahí, custodiados para ir al baño, y en las noches a dormir a los enormes salones de cemento contruidos para el movimiento del público durante los eventos deportivos. Sin colchones, todos acurrucados, muertos de frío. En su caso, al lado de la gente de la UTE, formando un lote que comenzaba a entrar también a la rutina de la cárcel.

Uno de los días detenido ahí, no recuerda cuál, llegó una delegación de la FIFA para determinar si el estadio se encontraba en condiciones de llevar a cabo un partido entre la selección de Chile y la de la Unión Soviética. En otra ocasión, mientras estaban en las escotillas del estadio, la orden fue que salieran en masa a las graderías. Sentados y a esperar. Desde una de las puertas de acceso a la cancha apareció un hombre escoltado por un grupo de militares armados con fusiles. Corpulento, llevaba un chaquetón y una capucha sobre la cabeza. Luego de avanzar por la pista de ceniza hasta las graderías donde estaban los detenidos, el tipo se acercó hasta la reja y comenzó a observar atentamente a todos los